

que se le quedó dentro del brazo, y vivió cargándola muchos años. Al valeroso soldado le hicieron pedazos las piernas á balazos; pero así herido mató muchos y defendió al padre hasta la noche que se retiraron los enemigos.

Viéndose tan gravemente herido y ya sin fuerzas para defender al padre ni poderse tener en pié para escapar, y dándose por cierto en breve tiempo muerto, se dispuso y aconsejó al padre probase fortuna de irse para avisar al presidio, y lo mismo encargó á su mujer, y que llevase un hijito que tenían, diciéndoles: "Si quedan, ciertamente mueren, y si salen, tal vez se librarán."

Recelaba salir el padre al ver que los indios los habian cercado con lumbradas para divisarlos si lo hacian, y aunque consideraba le darian muerte luego que lo vieran, no obstante, confiado en Dios y en María santísima (cuyos dolores celebraba en aquel día la santa Iglesia), salió por una ventana, y pudo, sin ser visto, pasar por entre dos lumbradas. Tiróse rio abajo y fuera del camino para no ser encontrado, y después de tres dias llegó al presidio desangrado y sin fuerzas por la falta de sustento, pues no habia comido mas que yerbas crudas del campo, caminando solo de noche. Reforzóse en el presidio, y el capitán de él despachó luego tropa; pero cuando llegó esta ya los indios se habian marchado y quemado cuanto habia, y el valeroso soldado pereció, quien (segun me refirió después el mismo padre Molina, junto con lo que llevo expresado) no bajaron de cuarenta los gentiles que hirió y mató.

Dióse luego cuenta de todo lo acaecido á Méjico, y el colegio, lejos de resfriarse, nombró otros dos ministros que pasaran á fundar la mision. Uno de ellos fué el venerable padre Junípero, que se hallaba en la suya de Sierra Gorda, y aun teniendo individual noticia de la referida tragedia, no tan solo no se excusó (como licitamente podia), sino que antes bien dió muchas gracias á Dios de que el prelado lo hubiese elegido sin explorar antes su voluntad, y luego que recibió la carta del padre guardian se puso en camino para el colegio.

Pensaba el prelado seria breve la salida; pero supo después que el excelentísimo señor virey habia despachado órden á las provincias internas para que se hiciese una expedicion con mucha tropa, á efecto de castigar á los indios y contenerlos con el escarmiento; pero no habiéndose logrado esta como se deseaba y sucedido prontamente la muerte del citado señor virey, fueron motivos porque se suspendió aquella reduccion, siendo de mucho sentimiento para el celoso padre Junípero. Pero no perderia el mérito delante de Dios de haberse voluntariamente ofrecido á tan ardua empresa, con el evidente peligro de morir en manos de aquellos bárbaros y crueles gentiles.

CAPITULO X.

Ocupaciones y ejercicios que tuvo en el colegio y misiones que salió á predicar.

No habiendo tenido efecto la fundacion de las misiones de San Sabá por los motivos expresados en el antecedente capitulo, ya no volvió el reverendo padre guardian á hablar nada á nuestro venerable Junípero sobre que se volviese á las de Sierra Gorda, de donde habia salido, bien fuera para que estuviese á mano, por si de repente se tratase en el superior gobierno de la reduccion de los apaches (por aviso de la corte), ó porque esperaria el prelado á que el venerable padre se lo insinuase; pero el humilde y obediente siervo de Dios no quiso jamás mostrar mas inclinacion que á la voz del superior, resignado ciegamente (para no errar) á la voluntad del Señor expresada en la del prelado. Quedóse en el colegio hasta el año de 1767, en que lo destinó la obediencia para estas misiones de Californias, y estuvo sin el ejercicio de predicar á los infieles poco mas de siete años, en cuyo tiempo trabajó mucho en la conversion de los pecadores en las misiones, que predicó así en el distrito del arzobispado de Méjico, como en los de otros cuatro obispados.

En la capital de Méjico predicó dos años en las misiones que cada trienio hace nuestro colegio de San Fernando con mucho fruto, y no fué poco el que el venerable padre logró con sus fervorosos sermones. En uno de ellos, á imitacion de su devoto san Francisco Solano, sacó una cadena, y dejándose caer el hábito hasta descubrir las espaldas, después de haber exhortado á penitencia, empezó á azotarse tan cruelmente, que todo el auditorio se deshacia en lágrimas, y levantándose de él un hombre, fué á toda prisa al púlpito, quitó la cadena al penitente padre, bajó con ella hasta ponerse en lo alto del presbiterio, y tomando ejemplo del venerable predicador, se desnudó de la cintura para arriba y empezó á hacer pública penitencia, diciendo con lágrimas y sollozos: "Yo soy el pecador ingrato á Dios, que debo hacer penitencia por mis muchos pecados, y no el padre, que es un santo." Fueron tan crueles y sin compasion los golpes, que á vista de toda la gente cayó, juzgándolo todos por muerto. Habiéndolo oleado allí y sacramentado, murió poco después. De esta alma podemos creer con piadosa fe que estará gozando de Dios.

Fuera de la capital predicó el venerable padre en el arzobispado, haciendo fervorosas misiones, en el real de Zimapan y sus contornos, en muchos pueblos de la provincia del Mezquital, en la de la Huasteca, en su capital, villa de Valles, Aquismon y otros muchos lugares, en cuya mision gastó nueve meses, los siete en actual ejercicio de predicar y confesar, y los dos restantes en ida y vuelta, por lo muy apartado que está

de Méjico, en cuya mision logró mucho fruto, por hacer cuarenta años que no habia habido otra.

En el obispado de la Puebla de los Angeles hizo misiones en la costa del mar del Norte ó Seno Mejicano, en Tabuco, Tuxpan, Tamiagua y otros muchos pueblos distantes de Méjico mas de ochenta leguas.

En el obispado de Antequera ú Oajaca misionó en muchos pueblos á petición del Illmo. Sr. obispo don Buenaventura Blanco, dando principio cien leguas distante de Méjico á la raya del obispado de Campeche, hácia Tabasco, en aquellas poblaciones de la costa donde nunca se habia oido mision. Y para acercarse á la capital de Oajaca, para donde lo llamaba su Illma., hubo de navegar el venerable padre ocho dias por el gran rio llamado de los Miges, donde tuvo que padecer, tanto él como sus compañeros, muchos trabajos por los excesivos calores, molestia de zancudos y peligro de caimanes, sin poder salir de la canoa á tierra por los tigres, leones, víboras y demás animales ponzoñosos de que están abundantes aquellos lugares, y por este motivo despoblados de gente que los habite.

Después de ocho dias de tan peligrosa y molesta navegacion, hubieron de caminar por tierra (de iguales circunstancias) hasta llegar á Villa-Alta, distante de Méjico mas de cien leguas. En ella hizo mision el venerable padre, y de allí pasó á la ciudad de Antequera, en donde lo esperaba el Illmo. Sr. obispo. Llegaron á este paraje por la Quincuagesima, y anunciando luego la mision, duró todo el tiempo de cuaresma, logrando á expensas de sus apostólicos afanes innumerables conversiones, con gran consuelo de aquel celosísimo prelado, quien hizo que nuestro venerable fray Junípero predicara (á puerta cerrada) á toda la clerecía mientras sus compañeros misionaban al pueblo. De esta predicacion se logró abundante fruto, y mas con la facultad que les concedió á los padres aquel ilustrísimo pastor para casar á los que lo necesitaban, y que viviendo amancebados pasaban por casados, de que fueron muchos los que habia, así en la capital como en los demás pueblos en que hicieron mision, la que habiendo durado seis meses y concluídose este término, se retiraron los padres al colegio, á donde llegaron á los ocho meses después de haber salido de él, por la larga distancia que hay; cuyo viaje hizo á pié el venerable padre, no obstante la llaga é hinchazon de él.

En el obispado de Valladolid misionó en Rio-Verde (distante de Méjico mas de cien leguas) en la cabecera de la Custodia de Santa Catalina de Rio-Verde y pueblos de sus contornos, y últimamente en el obispado de Guadalupe, cuando venia con sus compañeros el venerable padre para estas Californias; habiéndose detenido en el puerto de San Blas por falta de embarcacion. Predicaron en el pueblo de Tepic, Jalisco, Ciu-

dad de Compostela, Mazatlan, San José, Guaynamotas y otros circunvecinos de aquella jurisdiccion, donde logró innumerables conversiones de pecadores, no perdonando fatigas para conseguirlo.

Mucho es el trabajo que trae consigo el ejercicio de misionar entre fieles, empleándose medio año continuo en la predicacion y confesiones desde el primero hasta el último sermón, sin mas descanso que el tiempo de caminar á pié desde el colegio y de una poblacion á otra hasta restituirse á él; y si se numeran las leguas que por esta fin anduvo el venerable fray Junípero, no serán menos de dos mil. Estas tareas se le aumentaron con la patente ó título que desde el año de 1752 tenia de comisario del Santo Oficio, con que lo honró el santo tribunal de la fe para toda la Nueva-España é islas adyacentes, por cuya causa hubo de trabajar en muchas partes y caminar gran número de leguas, desempeñando cuantas diligencias practicó á satisfaccion de los señores inquisidores, que lo atendian y miraban como á ministro no solo docto, sino por muy celador de la fe y religion católica.

En los intervalos de una salida á otra (que segun disponen las bulas apostólicas, concluidos seis meses de predicar entre los católicos, se restituian los padres al convento para recobrar espirituales y corporales fuerzas), se volvía el siervo de Dios á su colegio, donde observó con la mayor puntualidad la asistencia al coro, así de dia como de noche, y no contentándose con las seis horas ó cerca de ellas, que se emplean en el rezo del oficio divino y oracion mental, no faltaba á los demás ejercicios voluntarios de la corona, via crucis y via dolorosa, etc.

Fué muy puntual en los años ejercicios de la órden, observando á la letra la practica que nos dejó nuestro venerable padre fray Antonio Linaz. Todo un trienio lo tuvo la obediencia empleado de maestro de novicios; pero este no le impidió salir á predicar en pueblos cristianos, pues en sus ausencias otro suplía en el magisterio; y si como queda dicho en el capitulo tercero de esta historia, asistía el venerable padre voluntariamente á todos los ejercicios del noviciado, qué dilatado campo se ofrece á la imaginacion para considerar lo mucho que luciria su fervor cuando se hallaba ya de maestro?

Otro trienio lo tuvo el colegio de discreto (aunque tampoco imposibilitado por este cargo de salir á misionar). En estos tres años, el tiempo que estaba en el colegio servia de vicario de coro por encargo del reverendo padre guardian para lo poco que allí se ofrece cantar, y esto lo practicaba con mucho gusto y humildad, sintiendo (como decia) el no saber solfa para servir de algo. Muchos dias era el lector de la mesa, levantándose á la mitad de la comida para remudar al corista ó novicio que estaba leyendo. Otras ocasiones remudaba á los servidores, como si fuese novicio

ó corista el venerable padre, yendo á servir la mesa. El tiempo que le quedaba desocupado después del coro, lo empleaba en el confesionario, donde oía de penitencia á cuantos pobres ocurrían á sus pies. Lo mismo hacía en los conventos de religiosas, así de la orden como del ordinario, donde le pedían al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escurpulosas, para su consuelo; y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándose al corazón.

Fué totalmente desasido del siglo y seculares, de tal manera que en una ciudad tan populosa como es Méjico, tan afecta á los misioneros por lo que trabajan en su bien espiritual, con tantos confesados que de todas clases tenía y tantos que se valían del venerable padre para salir de sus dudas místicas y morales, no tenía persona á quien visitar, y cuando los que lo necesitaban y buscaban en el colegio para su consuelo no lo hallaban, entonces era cuando sabían que había salido á hacer mision.

CAPITULO XI.

CASOS PARTICULARES QUE LE SUCCEDIERON EN LAS MISIONES ENTRE FIELES.

Cuando hizo mision en la provincia de la Huasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó y quedaron sin oír la palabra de Dios, por algunos pretextos, que careciendo de justicia, abundaban de negligencia; y habiendo salido para otro pueblo los padres á continuar su predicación, entró una epidemia en el referido, de que murieron como sesenta vecinos y los demás sanaron; pero reparó el señor cura párroco de aquella iglesia que solo habían muerto los que faltaron á la mision, como lo notició por escrito al reverendo padre Junipero, que era presidente de ella. Divulgóse la voz de la enfermedad, y como quiera que siguió inmediatamente de concluida la mision primera, quedaron amedrentados los demás pueblos, saliendo de mala gana á oír las otras y sintiendo las admitiesen los señores curas. Pero sabiendo que solo habían muerto los que no asistieron á los sermones, concurrían después muy puntuales, no solo los vecinos de los pueblos, sino tambien los de las haciendas y ranchos que distaban muchas leguas de la cabecera; y hubo alguno que dijera no había visto iglesia ni sacerdote ni oído misa ni mision en diez y ocho años, pues había cuarenta que no entraba otra en aquella tierra; con lo que ya cesó la enfermedad que padecían. En todos estos pueblos lograron mucho fruto para Dios, quien prontamente empezó á premiar los trabajos de su siervo fray Junipero y demás compañeros.

Concluidas sus apostólicas tareas, se retiraban para el colegio, y en una jornada á tiempo que ya se ponía el sol, ignoraban dónde irían á parar

aquella noche, dando por cierto que lo harían en el campo. Esto consideraban cuando vieron á poca distancia y cerca del camino real una casa, donde entrando á pedir posada, hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias á sus bienhechores, siguieron su jornada, donde á poco trecho encontraron con unos arrieros que les preguntaron dónde habían parado aquella noche. Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino: "¿Qué casa? dijeron los arrieros; en todo el camino que anduvieron ayer, ni hay casa ni rancho ni en muchas leguas." Quedaron los padres admirados mirándose unos á otros, y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no había tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron á la divina Providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio, y que sin duda serían los que lo habitaban Jesús, María y José, reflejando no solo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habían hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habían sentido sus corazones. Dieron á Dios nuestro Señor las debidas gracias por el especial beneficio que habían recibido, y avivaron mas y mas su fe de que no les faltaría la divina Providencia, como así lo vieron cumplido en los treinta y dos dias que les duró el viaje desde la Huasteca hasta el colegio.

En uno de los dichos pueblos en que hizo mision el venerable padre, experimentó en sí aquella promesa que hizo Jesucristo á los apóstoles y refiere el Evangelista San Marcos (cap. 16, v. 18); *Si mortiferum quid biberint, non eis nocet*. Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis le había caído en el estómago un gran peso como si fuese plomo, en términos que lo inmutó todo, y en parte lo trabó; no obstante, puso el vino para la purificación; pero lo mismo fué tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistían á la misa, hubiera caído en tierra el venerable padre; lleváronlo luego á la sacristía, y desnudándole los ornamentos lo pusieron en cama creyendo todos (luego que supieron el caso) que le habían puesto veneno en la vasija del vino para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano vecino del mismo pueblo, muy afecto á los religiosos, como hermano que era de toda la religion por patente de nuestro reverendísimo padre general, ocurrió al convento con una bebida eficaz contra veneno, diciéndole que la bebiese, pues era muy propia para el intento. Miróla el venerable padre que la traían en un vaso de cristal, y sonriéndose dió á entender no la quería tomar: quedando corrido el hermano, le dijo si quería aceite para deponer el estómago, y haciendo la señal de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular al-

gunas palabras, siendo las primeras las citadas de san Marcos. No le causó vasa alguna el aceite ni vomitó; pero si lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento (como defienden algunos que la tiene, embotando los ácidos corrosivos del veneno) ó por la fe del venerable paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fué á la iglesia á confesar como si tal cosa le hubiera sucedido; y á haberle tocado el turno habría predicado aquel dia, como lo hizo el siguiente.

Viendo el hermano sano ya al reverendo padre, fué á visitarlo, y después de darle los parabienes, le dijo en tono de queja: "¿Es posible, mi padre Junipero, que me hiciese el desaire de no querer tomar mi medicina, que era tan eficazísimo contraveneno?" "A la verdad, señor hermano, respondió, que no fué por hacerle el desaire ni por dudar que tuviese virtud, ni menos por tener asco de ella, pues en otras circunstancias la habría tomado; pero yo acababa de tomar el pan de ángeles, que por la consagración dejó de ser pan y se convirtió en el cuerpo de mi Señor Jesucristo: ¿cómo quería usted que yo, tras de un bocado tan divino, tomase una bebida tan asquerosa, que había sido pan y ya no lo era? Luego conocí de lo que se componía, aunque venia en un vaso tan limpio." Confesó el caballero la verdad, como tambien que él por sus propias manos, no fiando á otro, había desleído la triaca (que así llamaban al único ingrediente de que estaba compuesta aquella inmundada bebida), quedando muy edificado de la fe y religion del venerable padre.

En aquella gran mision que con otros cinco compañeros predicó en el obispado de Oajaca, entre el mucho fruto que logró en ella, fué muy singular la conversion de una mujer en la ciudad de Antequera, capital de aquel obispado. Vivía esta en mal estado con un hombre rico y poderoso desde edad de catorce años, en que habiéndose este aficionado ciegame de ella y no pudiéndola lograr para esposa (por ser casado en España), la tomó por concubina. Llevóla á su casa, viviendo con ella como si fuera su propia mujer, como por tal la tenían todos los moradores de aquella ciudad. En este infeliz estado vivieron catorce años. Llegó á oídos de la mujer la voz de la mision que se predicaba por los contornos de aquel lugar y de los muchos que se convertían á Dios, como tambien de que los padres habían de entrar á predicar allí. Estas voces fueron los golpes fuertes con que Dios tocó al corazón de aquella pecadora, la que no haciéndose sorda trató luego de separarse de tan pernicioso amistad y volverse á la de Dios. Dióle parte al cómplice de sus delitos; pero este la disuadió, diciéndola que no pensase en ello por entonces, amenazándola con que si tal hacia haría él un disparate; que la mataría ó que él se quitaría la vida.

Llegó la mision á la ciudad cuando menos la esperaban sus vecinos. Fue informado el ilustrí-

simo señor obispo de que los padres intentaban entrar la noche de la dominica de quincuagésima, con el fin de evitar la muchas ofensas que por lo comun se hacen á Dios en los dias del carnaval (alegrándose mucho aquel celosísimo prelado que había pedido la mision), les respondió: que le parecia muy bien y que no lo divulgaría (como se lo suplicaban) para cogerlos á todos descuidados.

Entraron con gran silencio los seis misioneros, y repartidos de dos en dos por las calles de la ciudad, enarbolando el santo Cristo, dieron el asalto disparando abundantes saetas que globaban con fervorosas pláticas. Conmovióse sobremanera toda la gente, de suerte que desamparando las casas y agolpándose en las calles, siguieron todos á los padres hasta la catedral, y convidados para el dia siguiente al sermón de anuncio y publicación de la mision, se retiraron á sus habitaciones compungidos y llorosos.

Una de las saetas que pronunció uno de los misioneros, hirió el corazón de aquella pecadora de tal suerte, que le pareció que se lo había traspasado, segun el dolor grande que sentía de sus pecados y deseos de convertirse á Dios verdaderamente. Dispúsose para confesar, y examinada, se fué á los pies del venerable padre fray Junipero. Dióle cuenta de la vida que había tenido y propósito con que se hallaba de dejar tan peligrosa amistad y compañía. Animóla el fervoroso padre después de confesada generalmente, encargándole buscarse casa donde vivir. Así lo ejecutó; pero aquel hombre (ciego con su pasion) hacia cuantas diligencias consideraba oportunas para atraerla á su antigua amistad; pero ella constante en el propósito, frecuentaba los santos Sacramentos, y despreciando los halagos, promesas y amenazas de que se aborcaría, se mantuvo en su arrepentimiento con magnánima constancia. Comunicábale todo al venerable confesor, y diciéndole que no se consideraba segura en la casa que vivía, precavió este peligro el siervo de Dios buscándola otra de una devota señora de las principales de la ciudad, que la recibió con especial gusto.

Aun de aquella habitacion queria sacarla; pero no siéndole posible, una noche desesperado cogió un dogal, y yéndose con él á la citada casa, en una reja de hierro se ahorcó, entregando su alma á los demonios, en cuyo mismo instante se sintió en la ciudad un gran temblor ó terremoto que asustó á todos. A la mañana siguiente se dejó ver el miserable ahorcado, causando general horror y espanto, y singularmente á la convertida mujer, que viendo aquel espectáculo (á imitacion de santa Margarita de Cortona) se quitó luego el cabello, y vesuía de ásperos cilicios y de un saco en forma de túnica, anduvo por la ciudad de Antequera pidiendo á gritos perdon de sus pecados y escandalosa vida que había tenido; quedando todos edificados y compungidos de ver

tan rara conversion y penitencia, y no menos temerosos de la divina justicia, con escarmiento de aquel infeliz, por cuya causa se lograron innumerables conversiones, y por consiguiente mucho fruto de la citada mision.

Otros casos podria referir, pero la dilatada narracion de la última tarea de la vida del venerable padre Junipero (donde este apostólico varon echó el resto de sus afanes) me llama con instancia y no me permite dilacion.

CAPITULO XII.

PASA Á LA CALIFORNIA CON QUINCE MISIONEROS PARA TRABAJAR EN ELLA.

Habiéndose extinguido en la Nueva España la sagrada Compañía de Jesús el dia 25 de junio del año de 1767, fueron encomendadas por el excelentísimo señor virey marqués de Croix (de acuerdo con el ilustrísimo señor visitador general del reino D. José de Galvez) al colegio de San Fernando de Méjico, las misiones que los padres expulsos administraban en la California. Vióse precisado el colegio á admitirlas (no obstante lo falto que se halla de religiosos) para hacer á Dios y al rey este sacrificio, y á enviar al propio tiempo á España por competente número de misioneros.

Diez y seis eran los padres jesuitas que habia en la California, y otros tantos habian de pasar á remudarlos; pero teniendo ideado el superior gobierno poner en las cuatro misiones mas adelantadas sacerdotes seculares, pidieron los citados señores doce religiosos al reverendo padre guardian del colegio. Propúsole este en comunidad, convidando á todos los que se hallasen con espíritu para tan ardua empresa; y prontamente tuvo el número necesario de misioneros, que se ofrecieron voluntariamente.

En este tiempo estaba nuestro venerable fray Junipero haciendo mision en la provincia del Mezquital, y como treinta leguas distante de Méjico. Eligiólo el prelado para presidente de aquellos misioneros; pero en atencion á no dar tiempo para consultar su voluntad la precision de salir, y estando tan conocido su espíritu y puntual obediencia (pues la menor insinuacion reputaba por precepto formal y expreso), le hubo de escribir para que se regresara al colegio. Así lo practicó llegando á él el dia 12 de julio, y llegando á tomar la bendicion del reverendo padre guardian, este dijo al venerable padre lo llamaba para que fuese con los demás religiosos asignados por el discretorio á la California. Admitió el siervo de Dios el ser uno de los elegidos, y con mayor consuelo que los demás, por no haber concurrido ni siquiera con el *Ecce ego mitte me*, sino por sola eleccion del prelado, sin indagar su voluntad.

Tenia ya el excelentísimo señor virey prove-

nido todo el equipaje necesario para el viaje (por tierra) de doscientas leguas, hasta el puerto de San Blas, para que fuesen con alguna comodidad los padres, á efecto de evitar se enfermasen en el camino tan dilatado de tierra caliente y desatemplada, y luego pasó aviso su excelencia al reverendo padre guardian para que estuviesen prontos para el dia 14 de julio del citado año de 1767. Despedímonos de la comunidad, y al tomar la bendicion del prelado, nos dijo este, convertidos en mares de lágrimas sus ojos: "Vayan, padres y queridos hermanos, con la bendicion de Dios y de nuestro santo padre san Francisco á bajar en aquella mística labor de la California que nos ha fiado nuestro católico monarca: vayan, vayan con el consuelo de que llevan para su prelado al padre lector Junipero, á quien por esta patente nombre de presidente de todas vuestras reverencias y de aquellas misiones, y no tengo que decir mas sino que le obedezcan como á mí mismo y me encomienden á Dios." Aquí suspendió la voz por embargarse las impetuosas aguas que destilaban sus ojos, y entregando la patente al venerable padre, este la recibió con toda sumision, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que derramaba, y siendo el llanto de todos general y copioso, considerando seria aquella despedida para la eternidad, besamos la mano al reverendo padre guardian y salimos dicho dia (en que se celebra á san Buenaventura) acompañándonos el resto de la comunidad hasta fuera de la portería, cuyo compás hallamos lleno de gente para vernos marchar.

Duró la caminata hasta el pueblo de Tepic treinta y nueve dias, con los pocos que tuvimos de descanso en las ciudades de Querétaro y Guadalupe. En esta supimos por el ilustrísimo señor obispo de que no tenia clérigos para la California y que no estaba ninguna de las misiones en disposicion de ser administrada por otros sacerdotes que los misioneros, y que así lo habia escrito ya al excelentísimo señor virey. En vista de esto, dió cuenta de ello nuestro venerable padre presidente al reverendo padre guardian, suplicándole se esforczase á enviar mas religiosos. Así lo practicó hasta completar el número de diez y seis, que todos nos juntamos en el hospicio de la Santa Cruz de Zacate, que en el citado pueblo de Tepic tiene la provincia de Jalisco, de la regular observancia de nuestro padre san Francisco.

Habiendo llegado allí el venerable padre presidente el dia 21 de agosto, supo por el coronel comandante de la tropa que estaba acuartelada, con el destino de ir parte de ella á la California y Sonora, de que aun estaba despacio la salida, por lo muy atrasados que se hallaban los dos paquebotes, que con el fin de trasportarnos á todos para la California y Sonora se estaban construyendo; nos vimos precisados á detenernos en el

citado pueblo, manteniéndonos el rey de su cuenta.

El fervoroso celo del venerable padre Junipero no le permitió el que tantos religiosos como allí estábamos ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podía emplear en la conversion de muchas almas, y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos mision en las cercanías del puerto de San Blas, repartiendo á todos por los pueblos expresados en el capítulo antecedente, quedándose su reverencia en el expresado pueblo de Tepic con otros compañeros, haciendo mision allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768, en que nos embarcamos, como se versa en el siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

EMBÁRCANSE TODOS LOS MISIONEROS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE LLEGADO Á LA CALIFORNIA.

Llegó el deseado dia de embarcarnos en el paquebot nombrado la Concepcion, que habia anclado en el puerto de San Blas por el mes de febrero, trayendo de la California los diez y seis padres jesuitas, y en el mismo salimos el dia 12 de marzo de dicho año, habiendo anochecido ya, igual número de misioneros del colegio de San Fernando, de cuyo seráfico y apostólico escuadrón era caudillo el venerable padre fray Junipero Serra, y sin haber tenido novedad alguna, dió fondo en la rada de Loreto la noche del 1º de abril, que aquel año era viernes Santo y el siguiente sábado de Gloria desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno para su mision, que le fué señalada por el venerable padre presidente, dispuso este que primero celebrásemos todos juntos los tres dias de Pascua con misa cantada á nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en accion de gracias del viaje de mar, y para implorar su patrocinio para el de tierra (que para los mas fué de cien leguas y para otros de mas), el cual emprendimos el dia 6 de abril, y habiendo llegado á su mision cada uno, procuró imponerse en el gobierno y régimen observado en ella, conforme al encargo que traíamos del excelentísimo señor virey, para no innovar en nada hasta que llegase el ilustrísimo señor D. José de Galvez.

Embarcóse este señor en el puerto de San Blas el dia 24 de mayo, y fué tan dilatada su navegacion, que no llegó á la península hasta el 6 de julio, que desembarcó en la ensenada de Cerralvo, en el Sur de la California, y puso su real en el nombrado de Santa Ana, cien leguas distante del presidio de Loreto, trayendo no solo el encargo de visitar la península de Californias, sino tambien real orden de despachar una expedi-

cion marítima á fin de poblar el puerto de Monterey, ó á lo menos el de San Diego.

Informado el citado señor, después de llegado á la California, del estado de las misiones y de la altura en que se hallaba la mas setentrional, le pareció conveniente para conseguir el fin de su majestad el hacer á mas de la expedicion de mar, otra por tierra, que saliendo de la última mision, fuese en busca del puerto de San Diego, y juntándose con la marítima se verificase el establecimiento allí.

Comunicó el ilustrísimo señor su alto y acertado pensamiento con nuestro venerable padre, escribiéndole desde el real de Santa Ana, quien le respondió le parecia lo mas oportuno, y que se ofrecia á ir en persona con cualquiera de las dos expediciones, como tambien el número de misioneros que fuese necesario para aquella empresa; y suponiendo que admitiria esta propuesta el señor visitador general, se puso luego en camino para visitar las misiones mas inmediatas á Loreto y convidar á los padres para aquella funcion, y lo mismo hizo por escrito á los que se hallaban retirados, y con motivo de esta visita anduvo mas de cien leguas.

Al regreso de este viaje ya halló la respuesta del señor don José de Galvez, en que agradeciéndole el ofrecimiento que nacido de su ardentísimo celo habia hecho, le decia tomase el trabajo de bajar al real de Santa Ana ó puerto de la Paz, donde lo hallaria, y que lo deseaba mucho para tratar el asunto de las expediciones. Empezó luego aquel viaje, que es de doscientas leguas en ida y vuelta; y si unimos á estas las otras ciento que anduvo en la visita de las tres misiones del Sur, hacen trescientas leguas que por entonces caminó el venerable padre. Trató luego con el citado señor acerca de las expediciones, y quedaron convenidos en que por mar, con los dos paquebotes, irian tres misioneros, y uno con el paquebot que saldria después, y que por tierra fuesen dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente con el segundo y el señor gobernador comandante de la expedicion.

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterey con el título de San Carlos, y la restante con el de San Buenaventura en la mediania de ambos puertos. Estando ya de acuerdo en esto, dieron mano á disponer los ornamentos, vasos sagrados y demás necesario para iglesia y sacristía, como asimismo lo perteneciente á casa y campo, para que encajonado todo fuese por mar, y por tierra lo demás que se previniese en Loreto. En vista de estas disposiciones tan del agrado del venerable padre y tan ajustadas á sus deseos, nombró luego los padres que se habian de embarcar, y les avisó para que fuesen, como lo hicieron, al puerto de la Paz y cabo de San Lucas, y el ilustrísimo señor visitador general por su parte dió

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Carlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Principe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que había traído de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés había mandado edificar.

También por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junipero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junipero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buenaventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Carlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doscientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablemente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion des-

pués de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letanía de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Después de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Carlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitán comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como también don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hizose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junipero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegría, júbilo y contento de su corazón.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Principe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó orden al capitán para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Carlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navio, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaba viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1769.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Carlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que había traído de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para este

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitán del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitán de San Carlos, llevaba la orden de ir en derechura al puerto de San Diego y esperar solo los veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo había él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitán llevaba la misma orden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitador general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la orden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitán lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde también se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Loreto, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de So-

nora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se había de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padecería naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real orden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, otra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima determinó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitán de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-